

PERIÓDICOS PARA LA DISTANCIA

No sé por qué ha pensado siempre en ese ente, en ese organismo invisible que componen los suscriptores fijos de un periódico. A veces creo que ellos, más que nada o que nadie, «son el periódico». Pero aún más, mi interés se encamina con curiosidad invencible hacia los abonados lejanos, que leerán las hojas con retraso y les dará igual, porque no la actualidad, sino otros servicios buscan ellos, son frecuencia señal para el recuerdo, el consuelo para la ausencia.

No hay publicación donde falte la continuada anécdota de sus fajas dirigidas hacia la más insospechada geografía postal. Incluso en el periódico pueblerino y modesto. Recuerdo uno, cercano a mis afectos tanto como a mis nostalgias, son la mezcla de la tinta y el papel más ese ingrediente secreto que no he logrado descifrar jamás: olor a imprenta. Además de la cabecera (en cobre) y de un fotograbado de Franco y otro del Papa, además de las grecas para cerrarse en orlas de homenaje, de manos de índice rígido señalando hacia los anuncios económicos, evoco direcciones para lugares que nos parecían increíbles, algo como husmear en un atlas, como leer una novela cosmopolita y exótica. A don Alberto García, Entrega General, Panamá (Panamá). A un fraile capuchino en Córdoba (República Argentina). ¡A un preso! En la cárcel de Braganza, de Portugal...

A quienes pecamos de imaginación fervorosa, tales datos nos sugieren densas y no improbables peripecias humanas: Estos se apegan así a la tierra de su nacimiento; aquellos no se conforman con su traslado acaso burocrático y mantienen tal cordón umbilical con el lugar que les llenó una vida; otros; qué sé yo. Me da igual al «ABC», que la «Vanguardia», que «Las Riberas del Eo». «Las Riberas del Eo» es lo que leía por Monforte el último gachupín que yo haya encontrado en el tren. Los emigrantes modernos tiran a Europa y van y vienen en su propio Volkswagen, pero el alma humana no cambia tan deprisa, y también ellos siguen con su querencia a los papeles entrañables.

Si yo fuera director de periódico, además de volver a un derroche de notas sociales y viajeras donde saliera todo quisque que va «a los baños», o a operarse, o a que le impongan una medalla, emprendería una sección sobre la que aquí mismo regalo la idea: mandar unos cordiales cuestionarios a los fieles de la diáspora, que son

los más entusiastas. Y con las respuestas sobre las motivaciones sentimentales de su fidelidad, más eventuales fotografías, irlos trayendo a una columna de honor.

Lo merece ese suscriptor así de generoso es el diccionario –que me estará leyendo en Villanueva del Arzobispo, en cualquier pueblín de Holanda, vaya uno a saber en dónde.

«Las personalidades asistentes...»

(De cualquier información)

Don Pío -Baroja, naturalmente- decía que a él le daba mucha risa oír a un intelectual: «Yo soy un intelectual». Poetas situados fuera de toda duda en puestos cimeros del escalafón, por no decir Parnaso, inventan rodeos modestos par no autodefinirse. Y es rarísimo escuchar a un verdadero artista: «¡Yo soy un artista!» Me acuden estas reflexiones, miren por dónde, entre el aviso que periódicamente suele leerse en los diarios capitalinos anunciando esa simpática fiesta del «Cocidito madrileño» Son ágapes que organiza una Asociación, en homenaje a sucesivos protagonistas. Cabría rozar la sospecha de un tingladillo de bombos mutuos, pero más justo me parece inclinarse con agrado hacia una fraternidad de afectos recíprocos, lo que a nadie hace daño y en resumen favorece la convivencia. Que nunca sobra.

Pues bien, invariablemente se advierte en estas convocatorias que «podrían hacer uso de la palabra personalidades que lo deseen»

Las personalidades. No las personas. Sin entrar en preocupaciones de diccionario, bastándonos como nos basta la palmaria distinción en el uso corriente, creo que debe ser algo petulante llegar a los postres de un cocido, seguramente regado con Noblejas o Valdepeñas, y admitir en el mero acto de levantarse: «Yo soy una personalidad»

Los de Filipinas

No es por el contumaz guerrero japonés que se rindió, al fin, en una isla para nosotros remota. Vengamos más cerca. De vez en cuando, un espacio de doce o quince renglones es ocupado en los periódicos españoles por el fallecimiento de «un último de Filipinas». Suele teniente honorario, próximo a los cien años de edad, que «hacía vida normal, mantenía perfectas sus facultades mentales», etcétera. No hace mucho,

por ejemplo, don Nicolás Mercader Saura, el único en toda la provincia de Murcia. Noticia triste, como lo es siempre la muerte; pero diluida en una niebla legendaria. En realidad, ya las hazañas de Cavite o frente al cubano Maceo nos sonaban, a cuantos llegamos al uso de la razón en tiempos de la República, tan lejana como las de don Pelayo triscando por Covadonga. Habían pasado cerca de cuarenta años.

Intriga pensar en un hecho que acaso puedan contemplar nuestros ojos, con auxilio de vitaminas y testovirones. Bien entrado el siglo XXI, pongamos por ejemplo el año 2020, «El Pensamiento Astorgano» (número 24.237, año CXVII, puestos a imaginar), publicará la noticia de que en Castrillo de los Polvazares ha entregado su alma a Dios el más tenaz superviviente de lo del Ebro. Y la cuestión -no tan baladí- está en si aquello sonará a libro de los chicos en las escuelas o si aún quedarán empecinados que lo tengan por tema caliente y pugnaz.

Antonio PEREIRA